

TRÁNSITO FELICÍSIMO DE LA VENERABLE MADRE PATROCINIO

27 DE ENERO 1.891

EL PUEBLO LA PROCLAMA SANTA
ORACION EFICAZ Y MILAGROSA ANTE SU CADAVER

DESCANSE EN PAZ LA SANTA MADRE

Su quebrantado cuerpo está encerrado entre los muros del Convento del Carmen (Guadalajara) pero su espíritu sigue emigrante, se filtra en los demás talleres de santidad: sus Conventos.



Después de tanta lucha, de tantos trabajos, de tantos sufrimientos, veamos el botín que disfruta, cargada de años: "Un pavimento frío, unos muros fríos, una mesa y una silla, y unas tablas donde tiene un jergón de paja para descansar". Es decir, el botín de los santos, que acumularon tesoros en el Cielo, despreocupándose de los de la tierra.

Hace ya algún tiempo que le pesan los años a la Madre Patrocinio. Sus fuerzas se van acabando de día en día. Ella lo siente y lo dice. Se consume poco a poco, como la lámpara del Santuario. Dos fuerzas contrarias luchan en su ser: el cuerpo busca el reposo en el seno de la madre tierra; el alma siente que le crecen las alas y quiere remontarse al seno del Padre celestial. Sor Patrocinio sufre, se le acrecientan los dolores que, parece, se dan cita para acometerla, y lo consiguen. Consumida por innumerables penas y amarguras, cayó en una debilidad extrema, hasta el punto de que apenas podía tenerse en pie. A ello se añadió una hidropesía general que la atormentó más de ocho meses antes de morir.

Los días de Sor Patrocinio se abrevian, el día último se acerca; no le teme, serenamente lo espera, lo ve venir con la paz de los justos, para quienes la muerte es vida, la puerta de la inmortalidad. Son días cordiales de máxima efusión, de singularísima ternura; de la abundancia del corazón, habla la boca. Solo una idea la domina y abrasa, la idea del amor divino. No sabe ni

quiere saber otra cosa; el Amor la vivifica y el Amor la mata: vida de Amor, muerte de Amor. Presiente la llegada del momento doloroso; querrá hablar y no podrá; lo deseará y se lo prohibirán. Todavía es tiempo, y quiere despedirse de sus hijas oficialmente derramando su corazón como ánfora de perfume en presencia de ellas.

Suena la campana conventual llamando a Capítulo y ella quiere asistir. Para las hijas no suena la campana, es el corazón de la Madre amada, de la Madre cuya voz se quiebra. No puede ir, por lo que la llevan en brazos a la Sala Capitular y la sientan en la silla de presidencia. Su voz apenas es perceptible, pero cordial, maternal; brotan de su boca palabras unguadas de amor, de caridad, suave dulce persuasiva.

“Comenzó su exhortación -escribe una testigo- con aquellas célebres palabras del apóstol San Juan a sus discípulos: *“Hijitos míos, amaos los unos a los otros”*. Yo os digo, siguió diciéndonos nuestra amada Madre: Hijas mías, amaos las unas a las otras, uníos en perfecta caridad; hablad poco y siempre bien de vuestras hermanas si queréis llegar al Reino de los cielos. Que nunca os quejéis, ni murmuréis las unas de las otras, ni solas ni acompañadas. Que os perdonéis de todo corazón vuestras faltas. Tened siempre una piedrecita en la boca para que vuestra lengua no se precipite a decir cosas inconvenientes, sino que se mueva solo para bendecir a Dios y para hablar cosas sencillas e inocentes.”

Se siente tan mal y sin fuerzas que no puede mover los brazos a causa de la hinchazón que tiene en todo su cuerpo. El médico de la comunidad, el Dr. Solano, la visita todos los días con solicitud. La enferma le había suplicado que, por ningún miramiento, le retrasasen la hora de recibir los últimos sacramentos, por lo que éste le notificó que empeoraba, con lo que se renovó el espíritu de la santa Madre, pensando que se acercaba la hora en que iba a pasar de este mundo de lágrimas al otro de satisfacción y gozo: “Acogió con júbilo singularísimo la noticia de su muerte, e hizo la confesión sacramental”.

Recibió el viático el día 21: su agotamiento era visible, pero más visible aún era la firmeza e integridad de su espíritu: como alondra mañanera, madrugó; había que recibir al Esposo, y procedió con la mayor

diligencia: se engalanó con su manto azul y, haciendo un esfuerzo grande, se sentó como pudo y se quedó absorta pensando en su Amado “con una cara tan hermosísima que más parecía un ángel que criatura humana; nadie al verla pudiera comprender entonces en la gravedad que estaba.” “Llegó por fin el feliz momento, y con el mayor fervor recibió la Sierva de Dios a su dueño Divino, sacramentado. Pasó las horas en recogimiento silencioso, en coloquios con el Esposo celestial. Le tiene preso en las redes de su amor y no le soltará jamás”.

Pero ella, siempre humildísima, quiere que se le abran las puertas de los tesoros de Dios: pide al padre Vicario se digne pedir al Vaticano, por telegrama, una bendición para ella. La redacción del telegrama fue así: “Roma, Señor Cardenal Rampolla: Sor María de los Dolores Patrocinio, Abadesa Concepcionista en Guadalajara (España), enferma, implora bendición Apostólica para artículo muerte.” La contestación fue en estos términos: “Para Guadalajara, de Roma, depositado el 22 a las dos y cuarenta de la tarde. Su Santidad [el Papa León XIII] concede bendición Apostólica deseándole sirva de auxilio en la hora de la muerte.” Con los ojos semicerrados, inclinada la cabeza y cruzadas las manos, recibió la bendición del Papa. Tomó luego el mensaje bendito y acercándolo a sus labios, selló el papel con repetidos besos.

La Comunidad no sabe qué hacer para mantener aquella vida que se consume, aquella luz que se apaga: misas, oraciones, penitencias, rogativas, pero inútil, la muerte acelera su paso. Por fin sacan del camarín la Virgen del Olvido Triunfo y Misericordias. Con encendidos afectos le rezan, sin pensar que todo tiene su fin y que había llegado el de su Madre Abadesa. Cuando se lo anunciaron sonrió diciendo: “Bueno, sí, sáquenla; es de la comunidad; os queda para vuestro consuelo”. Y añadió: “Mirad cómo la cuidáis y cómo la obsequiáis; porque si no me la llevo, se marcha y os quedáis sin ella.”

Madre solícita y anhelante del bien espiritual de sus hijas quiso reunir las en torno a su lecho y despedirse de todas y cada una para darles el último adiós y la última bendición. El padre Vicario y confesor se lo prohibió, por la extrema debilidad y agotamiento extremo de la enferma, mandándole que no hablase a quien era la personificación del silencio. La Madre

Olvido, que no se apartaba de su vera ni un momento, le dijo: “Madre, por Dios, hable”. A lo que ella contestó, con los ojos llenos de lágrimas: “Olvido, no puedo hablar, que me han mandado callar”.

Las Religiosas, acongojadas, ven que la pérdida de su amada Madre es inminente. Inmóvil la Sierva de Dios, permanece extática, parece no respirar: en la última noche de su vida todo fueron señales de la inefable paz y dulzura que disfrutaba su espíritu, atraído por el Amado y recreada y vivificada por su deleitable presencia.

Cerca de las cuatro de la mañana notaron que se enfriaba su rostro y sus manos: la muerte se apoderó de su presa. Eran las cuatro de la madrugada del día 27 de enero, martes, del año 1891. Tenía de edad la Sierva de Dios, ochenta años menos tres meses; de Religiosa, sesenta y dos. Había sido Abadesa de diferentes Comunidades cuarenta y dos años y once días.

Cuando las Religiosas vieron que su santa Madre había muerto, considerándose huérfanas de la que tantos años había sido su guía, su luz, su fortaleza y su apoyo, a la vez que todo su consuelo y gozo en medio de las tribulaciones por las que atravesaron durante muchos años, cercaron su pobre lecho, entre lágrimas y besando su cuerpo exánime. Las religiosas saciaron su devoción besando y contemplando las benditas llagas de los pies, cabeza y manos al tener que cambiar las vendas y mitones.

Una vez vestido su cuerpo muerto, se le colocó en una sencilla caja de madera, entre flores artificiales y una palma al lado, y las religiosas la llevaron al Coro.

Cuando en la población se supo la noticia de su muerte, fue general el dolor de todos, apresurándose muchos de ellos a manifestar su sentimiento a la comunidad, y, dando rienda suelta a su piedad y fe en la virtud y santidad de la difunta, entregaban a las hermanas objetos piadosos para que los pasaran por su bendito cuerpo, recibéndolos después como preciadas reliquias. Las horas siguientes fueron un continuo ir y venir a nuestro Convento, proclamando santa a la Sierva de Dios.

Una religiosa oraba delante del cuerpo muerto de la Madre Patrocinio encomendándole las necesidades de su familia. Y mientras esto hacía la religiosa, agonizaba una sobrina en Castellón de la Plana desahuciada de difteria y, ¡oh prodigio del poder divino, en ese mismo momento sanaba repentinamente la niña con gran admiración de los médicos que la asistían.

El entierro tuvo lugar al día siguiente, 28 de enero, a las ocho de la mañana, oficiando el padre Definidor General de la Orden Franciscana en España, Fray José Coll, acompañado del padre Vicario de la comunidad y por el clero de la ciudad, y con la asistencia de numerosos fieles. Terminada la celebración litúrgica el bendito cuerpo de la Madre fue colocado en un modesto nicho, en una galería incomunicada a la puerta del enterramiento común del Monasterio. Allí quedaros los corazones de sus hijas, hasta que llegue el día de su exaltación y gloria como lo esperamos por la bondad de nuestro Señor.

Su descendencia no tendrá fin, porque radica en la eternidad de Dios. Por sus frutos, se conoce el árbol: por sus frutos la Madre Patrocinio, con su grandeza de alma, su fe, su esperanza, su caridad, su cúmulo de virtudes su valimiento ante Dios vivirá en el corazón de los hombres y en el corazón de Dios.

Concluimos este relato, a manera de epílogo, con el testimonio del padre Juan Solá S.J.: “No conozco mujer más fuerte y guerradora, en su juventud contra el demonio, en su edad viril, hasta la muerte, contra sus emisarios los hombres. En una y otra campaña, prolija, insidiosa, tenaz, ensangrentada, siempre triunfó, por nuestra Señora del Triunfo”.

125 ANIVERSARIO DE SU SANTA MUERTE

1891 - 2016